

Flaviano, á la sazón obispo de Constantinopla, expresó esta alarma. Cincuenta y seis obispos se reunieron el año 448 y condenaron, sin querer oír su defensa, la herejía de Eutiques. Este se lamentó al Emperador de tal precipitación; y adujo, para pedir otro concilio, que las actas de aquel, cuyos cánones le condenaran, habían sufrido innumerables falsificaciones. Flaviano y Eutiques contendían, pues, sobre la legitimidad de estas actas; y en la duda, el Emperador convocó un nuevo concilio. Treinta obispos declararon que las actas no contenían falsificaciones y decidieron reunir una nueva Asamblea ecuménica en la ciudad de Efeso. Habían los tiempos cambiado bien radicalmente las personas y las cosas. Cirilo había muerto, sustituyéndole Dióscoro con las mismas exageraciones en la doctrina; pero no con el mismo vigor y la misma autoridad en la acción. El eunuco Crisafio y la emperatriz Eudoxia, omnipotentes en la corte, habían abrazado la herejía de Eutiques. Un ejército de monjes se preparaba resueltamente á sostener la consigna dogmática, que le dieran los favoritos imperiales; y otro ejército de soldados se disponía con resolución á sostener por la fuerza de las armas la autoridad de los dogmas concebidos en las intrigas y en las orgías de la corte. A mayor abundamiento, el mismo Dióscoro había hecho traición á la memoria de Cirilo, y aceptado la herejía casi nestoriana de Eutiques. Absolver á Eutiques era tanto como condenar á Flaviano. Y Flaviano resumía en sí toda la autoridad religiosa y todo el poder espiritual de Constantinopla. Pero en la tristeza de aquellos tiempos, el poder espiritual y la autoridad religiosa se estrellaban contra la influencia de una mujer y contra la intriga de un eunuco. Eutiques fué absuelto. La agitación, por tal sentencia engendrada, no tuvo límites. El concilio ecuménico se convirtió en club revolucionario; los monjes de uno y otro partido se ofendían con dicharachos soeces y se golpeaban con golpes crueles mutuamente; en una controversia, faltos de razones Dióscoro y Crisafio para convencer á Flaviano, lo asesinaron en medio del concilio y le escupieron y le pisotearon después de asesinado.

Tal estado de los ánimos no podía durar mucho tiempo. La Iglesia de Cristo estaba expuesta entre tantas zozobras á naufragar, con especialidad en Oriente. Teodosio acababa de morir en olor de hereético. Un soldado afortunadísimo, que se llamaba Marciano, le sucedió en el trono; y este soldado se

casó con Pulqueria, hermana, como hemos dicho, de Teodosio, la cual, ya que no pudo hacer de su hermano un Constantino, quiso hacerlo de su esposo. Y en efecto, Marciano tomó la resolución más prudente que en estas circunstancias pudiera tomarse; encargó al Papa de Roma, Leon, todas las disposiciones necesarias para reunir un concilio en Calcedonia, encargado de pacificar á la Iglesia. Leon tomó el encargo, y usó el poder, que le reconocía, no sin haberse quejado antes de las desatenciones tenidas con Roma en Efeso y de la protección dispensada al infame Dióscoro. Y en efecto, cuando los legados pontificios llegaron á Calcedonia, dijeron terminantemente á los senadores bizantinos, enviados á su encuentro por Marciano, que si el homicida sacrílego, todavía tinto en la pura sangre de Flaviano, tomaba asiento en el concilio, ellos tenían necesidad de abandonarlo. Seiscientos treinta padres eclesiásticos se congregaron; y la primera cuestión que propusieron, fué la relativa á la dignidad ó indignidad de Dióscoro. Los legados pontificios se presentaron como terribles fiscales y propusieron á la consideración del concilio todos los cargos que podían aducirse contra el infiel sucesor de Cirilo. Acusáronle, pues, de haber depuesto obispos canónicos y ortodoxos; de haber cohechado á ministros de los Emperadores y á chambelanes y palaciegos; de haber excomulgado al Papa mismo de Roma y desconocido su autoridad suprema y soberana; de haber herido y asesinado al gran patriarca Flaviano en plena sesión conciliar; de haber adherido su nombre á la herejía de Eutiques y haber hecho pasar á la Iglesia por el error infame que desconoce y niega la doble naturaleza de Cristo.

Hecho esto, que pudiéramos llamar lo disciplinario, entraron en lo que podemos llamar lo esencial, por dogmático. Su primera decisión condenó á los que negaban la doble naturaleza de Cristo, ya fuese la divina como proponía Arrio, ya fuese la humana como proponía Nestorio. Para los padres del concilio, Cristo aparecía como unigénito del Padre, perfecto en su divinidad y en su humanidad perfecto también, verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, con alma racional y cuerpo material como nosotros, uno con el Padre por su naturaleza divina y uno con la humanidad por su humana naturaleza; parecido á todos los hombres en todas las cosas menos en la fealdad del pecado. Dos naturalezas de todo en todo distintas, de todo en



todo diversas, absoluta la una, contingente la otra, reconocieron unidas é identificadas en Cristo, que á pesar de tener estas dos naturalezas, forma y compone una persona ó hipóstasis. Por consecuencia, doble anatema lanzaron los padres del concilio sobre los que confundian y sobre los que separaban las dos naturalezas de Cristo.

Los monjes egipcios, á quienes la vehemencia de Cirilo convirtiera en verdadera legion armada, perturbaron mil veces el concilio con sus irreverencias, con sus vociferaciones y con sus golpes. En primer lugar, no querian la deposicion de Dióscoro, y ya depuesto, intentaban á toda costa rehabilitarlo. Los padres del clero secular trataron mil veces de ver cómo se desasian de aquellos compañeros incómodos, tan difíciles á la persuasion, tan fáciles al tumulto. Especialmente se revolvian contra el monje sirio Barsumas, el cual capitaneó mil de los suyos en armas, taló é incendió regiones enteras, degolló multitud de criaturas indefensas, y en la disputa entre Dióscoro y Flaviano, fué el primero en gritar contra este infeliz: «Que lo maten.» Difícil medir, muy difícil, la influencia ejercida por estos solitarios, á la sazón, en la Iglesia. Cuando aparecian en el mundo diríase que aparecian como séres sobrenaturales, venidos de la eternidad. Un prestigio sobrenatural se unia estrechamente á ellos y avivaba la supersticion con que los veian los pueblos. El mas célebre de todos, Simon Estilita, vivió cincuenta y seis años de rodillas, como un yogui indio, en la cima de una columna egipcia, de dos codos de circunferencia, que apenas hubiera podido servir á las aves del cielo. Allí, desnudo, herido por la maceracion, exaltado por las visiones de la penitencia, sufriendo los ardores de un cielo implacable, rodeado de la inmensidad del desierto, parecia, mas que persona humana, religiosa abstraccion, elevada entre lo finito y lo infinito. Si el luto, si la soledad, si la penitencia, si la maceracion, si el ayuno hubieran de revestir formas humanas, revistieran las formas de aquel hombre, petrificado como las momias, en el cual parecia extinto el calor de la vida y paralizada la circulacion de la sangre. Así no es mucho que todo el mundo le creyese capaz de lo sobrenatural y dotado del don de los milagros. Un historiador muy grave, cuenta que, despues de su muerte, misteriosa estrella daba vueltas en torno de su columna, como si quisiera mirarse en aquel espejo de virtud y de santidad. Y sin embargo, á

las alturas ideales donde se aislaba su vida, llegaban las pasiones del mundo y los errores de los hombres. Y como llegaban las pasiones del mundo y los errores de los hombres, la supersticion le poseia, cual pudiera poseer al último de los monjes, y le incitaba á emplear su saña en los disidentes y en los judíos. No contribuyó poco su consejo á despoblar á Alejandría de estos ciudadanos tan útiles. Pero, á lo mejor, cuando los llamaba el mundo y la pasion los movia, tornábanse como ejércitos exterminadores, incapaces de tener con los demás consideración y respeto cuando no las tenian consigo mismos. Su vida sirvió de modelo á muchas otras, y ocasionó retiros y apartamientos del mundo, bien extraños por sus rasgos extravagantes y bien contrarios á nuestra naturaleza social. No fué el Estilita únicamente quien vivió en esa soledad espantosa y en esa penitencia exacerbada. Otro de su mismo nombre, á quien conoció de niño y que domaba los leopardos del desierto, siguióle en su vida y pasó sesenta y ocho años sobre una columna en el desierto, á guisa de estatua. La pasion por la soledad, propia de aquellos tristes tiempos, creció desmedidamente en el exaltado Egipto. Despoblábanse las ciudades y poblábanse las cavernas. En los nidos de las águilas, en las madrigueras de los tigres, en los asilos de las alimañas salvajes, en las concavidades de las montañas altísimas, en ignorados sitios del inmenso desierto, descubriáanse innumerables personas que solo parecian humanas por su figura, destituidas casi de palabra, temerosas como los ciervos, desnudas y expuestas á todas las inclemencias del aire, alimentadas con yerba y sostenidas por la esperanza de la resurreccion en Cristo despues de la muerte en el mundo. No se puede olvidar cuanto la tradicion nos ha trasmitido respecto á estos séres extraños, si queremos conocer el carácter y la naturaleza de su tiempo. San Antonio Abad comia solo al ponerse el sol, y un mendrugo rociado con agua de las fuentes del cercano oasis. Sus nervios, sobrecitados por el ayuno, le sugerian toda suerte de visiones extrañas y le tentaban al vicio y al placer con una continua é incesante tentacion. San Pablo, llamado el simple, como sorprendiera en adulterio á su mujer, abandonóla de grado al amante feliz; y se casó con la soledad eterna. Amnon, jamás se descñera de su tosco sayal, por no contemplar la propia desnudez. Cuando las gentes querian el socorro de su palabra ó de su ejemplo, é iban á buscarlos, con tal presteza y tal tenacidad



se escapaban, que habia necesidad de perseguirlos y de cazarlos como fieras. Cuántas veces se ponian lazos semejantes á los empleados hoy en nuestros bosques para cazar liebres, conejos y pájaros, sin mas objeto que cazar monjes, penitentes y solitarios, á fin de pedirles el socorro y auxilio de sus sobrenaturales milagros. Nunca acabaríamos, si hubiéramos de repetir cuanto nos refieren San Atanasio, en la «Vida de San Anton,» Sócrates, Zozomeno y Eusebio en sus historias eclesiásticas, Jerónimo y Epifanio en sus diversas obras, respecto á estos extravagantes solitarios. Baste referir, entre tantos, un solo hecho. Como quiera que Amnonio, monje de la Tebaida, consiguiese alto renombre de santidad, nombráronle obispo. Y como le notificaran el nombramiento, resistióse á aceptarlo. Y cuando ya las instancias, y hasta las órdenes le apremiaban de suerte que no podia preservarse á su apremio é imposición, para hacerse irregular, se cortó las dos orejas. De tal suerte las ideas religiosas exaltaban los ánimos; y la exaltación de los ánimos contrariaba las leyes mas fundamentales y los instintos mas soberanos de nuestra naturaleza.

Quien quisiera demostrar con razones sacadas de la experiencia lo funesto del predominio de la autoridad civil sobre la autoridad religiosa, no tendria mas que estudiar y comprender la historia de las principales herejías en la teológica Constantinopla. Una hermosa mujer, un cortesano intrigante, el bufon mas despreciable, el último de los eunucos que cuida de los vasos inmundos en el palacio de los Césares, el oro allegado y distribuido por las sectas, el hierro de los guardias deciden mil veces de la suerte de las Iglesias y de la naturaleza de los dogmas. Un Emperador, ducho en las cábalas políticas y en el ejercicio de las armas, indiferente á las ideas, tan bárbaro muchas veces que apenas sabe leer, entra en las esferas mas altas de la teología, y con rescripto á veces trazado por el mas ínfimo de sus secretarios, decide, como si llevara todo un concilio en su mollera, de la esencia del Padre, de la naturaleza del Hijo, de la relacion hipostática entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y como quiera que las cuestiones dogmáticas no pueden resolverse por las fuerzas coercitivas; como quiera que la autoridad material de un César no ejerce jurisdicción alguna sobre la inmaterialidad de la conciencia; como quiera que, no ya la voluntad extraña, sino la propia, carece de eficacia y de poder sobre la fe íntima del alma; estos rescriptos no servian mas que para

hacer de los débiles apóstatas y de los fuertes mártires. Nada repugna tanto á un ánimo entero y justo como estas invasiones del Estado en los dogmas. Las grandes controversias, que tienen por asunto la ciencia teológica y por instrumento las ideas, degeneraban en guerras civiles, movidas por la pasión y resueltas por las armas. Toda controversia teológica concluía en Constantinopla por una revuelta política. Flaviano, patriarca de la gran ciudad, es, como hemos visto, asesinado por sus contradictores, al tratar de la herejía de Eutiques en pleno concilio de Calcedonia. En Alejandría la deposición de Dióscoro, matador de Flaviano, y su reemplazo por Proterio, no se tratan por medio de los cánones sino por medio de las espadas. El Emperador, deseoso de calmar los ánimos, envía tropas desde Constantinopla, que recibidas á pedradas, hubieron de refugiarse en el templo de Serapis acompañadas por los magistrados, impotentes para refrenar un pueblo subvertido por el fanatismo, cuyas manos, crispadas de odio, pegaron fuego al lugar del asilo y del refugio y lo redujeron horriblemente, con todos los que dentro de él estaban, á miserables cenizas. Cuando entraron tropas de refresco hicieron en la ciudad, para desquitarse y satisfacerse, una horrible carnicería, en la cual no se perdonó ni á las mujeres ni á los niños.

El empleo arriba de la fuerza, necesariamente traía abajo el empleo tambien de la insurrección. Nada mas difícil de comprender para una inteligencia semítica, sobre todo, para una inteligencia judía, que un Dios, un Dios eterno, un Dios absoluto encerrado y contenido en la misérrima naturaleza del hombre. Así, Nestorio y Eutiques y todos los que negaban la humanidad á Cristo conseguían captar las voluntades y las conciencias con sus ideas relativas á la unidad de lo divino en el Salvador de los hombres. Y cuando el concilio de Calcedonia restableció en sus cánones la doble naturaleza de Cristo, y lo declaró Dios y hombre al mismo tiempo, los monjes palestinos se sublevaron en favor de la herejía y cometieron tales excesos que apenas pueden creerse, á pesar de encontrarlos en los mas verídicos historiadores de aquel tiempo. El fanatismo no se satisfacía con inmolar á las pobres víctimas de su insano furor; dejábalas tendidas en calles, caminos y plazas, y prohibía darles tierra para que en sus vientres las sepultasen los cuervos y los perros. Reinaba por ejemplo un Teodosio y se movía en favor de los herejes ó en fa-